

Una Odisea láctea

Nuestro primer protagonista es un urbanita, ecologista para más señas, que tras una larga e intensa campaña de sensibilización (agitación y propaganda, al decir de los viejos izquierdistas) aceptó la invitación de una compañera, reiterada más de una vez, para pasar una temporada de descanso en su casa del Valle de Cabuérniga.

Sucedió que, al cabo de unos días, toda la familia de su compañera tuvo que asistir a una boda, dejándolo solo en tan bello paraje. Una mañana, nuestro héroe, al levantarse y salir a la galería delantera de la casa, quedó gratamente impresionado. Lucía, cosa no tan frecuente en Cantabria, un sol radiante, pero no fue eso lo que más le impactó. En el medio del verde prado, a unos escasos 20 metros de donde se hallaba, pastaba mansamente una hermosa vaca lechera.

“¡Joder!, ¡vaya tetas! A eso no hay wonderbra que lo contenga”, pensó nuestro personaje, traicionado, sin duda, por su inconsciente machista; pero, ecologista al fin, entró en un súbito éxtasis, una mezcla de arrebatos pastoril, arrobos bucólicos y embelesos naturista... Y en tan excepcional estado pasó unos cuantos minutos.

Al cabo de ese lapso, un molesto ruido vino a perturbar su encantamiento. Un ronroneo, primero lejano, pero creciente a medida que su origen se acercaba al sitio de nuestra acción, rompió completamente el hechizo. Por fin, al aparecer en la cercana curva del camino que bordeaba el solar, descubrió la fuente de tanta contaminación acústica. Era un camión cisterna, de reducidas dimensiones, que en sus laterales llevaba el logotipo de una conocida marca de leche.

““ Pero si será jodío... ¡Mira que venir a chafar este momento!”... El camión será pequeño, pero ¡qué bulla mete! Claro, no puede ser más grande porque no pasaría por estos caminos tan estrechos... Seguro que viene a recoger la leche de la vaquería de aquí detrás. La del dueño del solar y de la vaca” pensó, demostrando su perspicacia, nuestro galán.

Roto, pues, tan idílico interludio, encendió un cigarrillo, porque aunque ecologista, también tenía sus contradicciones. Con el acre sabor de la nicotina, recordó que aún no había desayunado y entrando a la casa, se dirigió, presto, a la cocina y abrió la nevera. Comprobó, entonces, contrariado, que no tenía leche.

“Un desayuno sin café con leche, es... es... ¡Como un beso sin bigotes!” volvió a pensar nuestra estrella, que como podemos observar, además de comerse el coco bastante, es muy aficionado a las comparaciones absurdas. Dado el carácter dramático que adoptaba la situación tomó una decisión drástica. Salió rápidamente, se montó en la casi tonelada de chatarra y, trasladando sus setenta kilos de carne y huesos, se dirigió, camino abajo, hasta el colmado más próximo, donde sin vacilar, adquirió un *tetra-brick* de leche. Volvió a montar en la casi tonelada de chatarra y, trasladando sus setenta kilos de carne y huesos más un litro de leche, recorrió, camino arriba, el kilómetro que lo separaba de la casa.

Al aparse, una vez llegado a su destino, comprobó como la coprotagonista de esta historia, la vaca, lo miraba, entre pasmada e impertérrita, mientras pastaba ahora a sólo diez metros de la puerta de entrada. Sin desanimarse devolvió tanta indiferencia vacuna

con una, al menos equivalente, indiferencia humana, se dirigió a la cocina y contando, ahora, con todos los ingredientes comenzó a prepararse el desayuno.

Cogió la cafetera, la llenó de café y la puso al fuego. Luego, cortó unas cuantas rebanadas de pan y comenzó a tostarlas. Por último, cogió un cazo, el *tetra-brick* de leche y mientras vertía su contenido en el perol, recabó en el logotipo del envase.

“¡Ohhh!... ¡La misma del camioncito!...Vaya coincidencia” musitó para sus adentros, nuestro sujeto. Entonces le surgió una idea: *“Podría ser que este litro de leche que acabo de adquirir proviniese de la vaca del wonderbra que pasta afuera. ¡Bueno...bueno!”*

A pesar de estar atareado con la preparación del desayuno, sus pensamientos se dirigieron a meditar acerca del recorrido que habría efectuado el susodicho litro de leche, desde la vaca que pastaba fuera hasta la cazuela que se calentaba al fuego. Su razonamiento fue más o menos el siguiente:

“En primer lugar, la leche de la vaca del wonderbra, ordenada mecánicamente y asépticamente en la vaquería” cuyas brillantes y reluciente instalaciones había visitado unos días antes, *“es conservada en frío hasta que llega el camioncito a recogerla cada día Y luego ¿qué?... El camioncito se dirige a Torrelavega, donde probablemente traspase su precioso líquido a otro más grande, encargado de recoger toda la leche de varios valles. Una vez completada su carga, este camión, de varias toneladas de chatarra, se desplaza hasta Aranda del Duero, donde está la planta de procesado de esta marca de leche...”*

“Una vez allí,” prosiguió razonando *“la leche, siempre de forma aséptica, sería uperizada, según dice el tetra-brick. Yo diría que a la buena leche de la vaca del wonderbra, la transforman en la mala leche del sistema”* concluyó sin poder dejar de mostrar una cierta sonrisa irónica, dada la radicalidad de su última deducción.

“Pero no nos vayamos por las ramas y prosigamos con el garbeo lechero. Una vez tratada, la leche es envasada en tetra-brick y luego... luego...” En este preciso punto nuestro galán pareció estancarse. Sin embargo, recurriendo a sus conocimientos acerca de la distribución de alimentos, pudo salir airoso de este nuevo desafío: *“Luego, es llevada a un gran centro de distribución en Madrid,... o mejor, en Bilbao. De allí, a su vez, se la distribuye a Santander, siempre toneladas de chatarra por medio, de donde a su vez, llega al mayorista de Torrelavega...”* concluyó ufano.

Pero no acabó aquí su descripción del peregrinaje lácteo, aún faltaba una etapa. *“Al este mayorista acude el dueño del colmado, trasladando, con las tres toneladas de chatarra de su furgón, sus ciento y pico de kilos de carne y huesos (montañés el hombre) y compra algunos de los productos que vende en su tienda. Tras cargar las tres toneladas de chatarra con todos los artículos hará el camino de regreso hasta su colmado. Por último, llegó yo y compro el litro de leche.”*

“¡Joder! ¡Vaya garbeo que se ha pegado el litro de leche! ¡Por lo menos 500 kilómetros!” No pudo dejar de pensar. *“Si ha viajado más que el Curro ése del anuncio de la agencia de viajes”...*

Al concluir con todo este largo razonamiento, casi tanto como el viaje lechero en cuestión, resultó que todos los elementos de su desayuno ya estaban listos. Las tostadas en la mesa, acompañadas del pote de miel, el café, la taza, los cubiertos, el plato, la servilleta....

“Sólo falta recoger el cazo de leche” recordó.

Mientras recogía la cazuela, oyó a sus espaldas un ruido inquietante y se giró rápidamente. En el quicio de la ventana se asomaba, con expresión atónita, la *jodía* vaca...

Nuestro héroe se vio a sí mismo, parado en la mitad de la cocina, con una cazuela de leche caliente en la mano, observado por una vaca estupefacta...

Se sintió *“el ser más gilipollas del universo”*...

Y se le fueron las ganas de desayunar.

Héctor Gravina.